

## La crisis actual y el anacronismo del valor: una lectura marxista\*

### The Current Crisis and the Anachronism of Value: A Marxian Reading

Moishe Postone

*The University of Chicago*

Traducción de Ezequiel Martínez Llorente

#### RESUMEN

La teoría crítica de madurez de Marx fundamenta la dinámica direccional de las sociedades modernas en las categorías de mercancía y capital como modos de heteronomía y dominación: se trata de la *dominación de las personas por el tiempo*, por una forma históricamente específica de temporalidad. En dicha teoría, esta dinámica y la aparente centralidad ontológica del trabajo se convierten en los *objetos* de la crítica y no *en su punto de partida*: se trata de un planteamiento que se presenta de modo explícito como históricamente específico y pone en cuestión todos aquellos que se reclaman de validez universal o transhistórica.

Dentro de este marco, la dualidad de la forma mercancía como valor y valor de uso subyace tras la dualidad de la forma capital como proceso de valorización y proceso de trabajo. Esta dualidad genera una interacción dialéctica que da lugar a una dinámica temporal compleja que empuja la creación de valor hacia adelante, a la vez que vuelve a éste cada vez más anacrónico. La tendencia, a largo plazo, de este despliegue histórico se resuelve en la obsolescencia de la producción

---

\* [Nota de los eds.:] Este artículo fue publicado en 2017 en la revista neozelandesa *Continental Thought & Theory*, vol. 1, nº 4. Agradecemos al autor y a los editores de esa revista la autorización para incluirlo en este monográfico.

fundada en el tiempo de trabajo, en el valor y en el trabajo proletario -para Marx la abolición del capitalismo no supone la *auto-realización* del proletariado sino su *auto-abolición*-. Esta posibilidad emerge actualmente en forma invertida: incrementos del trabajo superfluo, del desempleo y el precariado; transformación de una cantidad creciente de dimensiones de la vida en formas de pretendida riqueza -indexadas a precios y beneficios- que, supuestamente, garantizarían la realización futura de cada vez más complejos instrumentos financieros (como si la riqueza fuera independiente del valor en el capitalismo).

Lo que se plantea es pues la posibilidad de analizar el final, impulsado por las crisis económicas, de la configuración (fordista-keynesiana) de post-guerra del capitalismo como *expresión de esta crisis secular del proceso de valorización*. Crisis en la que aún estaríamos inmersos.

PALABRAS CLAVE: Karl Marx, crisis del capitalismo, tiempo, proceso de valorización, obsolescencia del valor

#### ABSTRACT

Marx's maturity critical theory explains the directional dynamics of modern societies on the basis of the categories of commodity and capital as domination and heteronomy modes: it is all about *people's domination by time*, by a specific historical form of temporality. In this theory, this dynamic and the apparent ontological centrality of work are the subject of criticism and not its starting point: it is explicitly stated that this is a historical specific approach and calls into question all those approaches that claim their universal and trans-historical validity.

Within this framework, the duality of the commodity-form as value and use-value underlies the duality of the capital-form as a valorization process and a work process. This duality generates a dialectical interaction that results in a complex temporary dynamic that pushes the creation of value forward and, at the same time, becomes increasingly anachronistic. The long-term trend of this historical display is resolved by the obsolescence of production based on work time, value and proletarian labour – Marx stated that the abolition of capitalism will not mean the proletariat's *self-fulfillment* but its *self-abolition*. This possibility currently emerges in an inverted way: the increase of superfluous work, unemployment and precariousness; the transformation of increasingly life dimensions in different forms of alleged wealth – related to prices and profits –

that would supposedly guarantee the future liquidation of increasingly complex financial instruments (as if wealth was independent from value in capitalism).

This article analyses the end of the post-war Keynesian-fordist capitalism, boosted by economic crises, as an expression of the cyclic crisis of the valorization process. Crisis in which we are still immersed.

KEY WORDS: Karl Marx, crisis of capitalism, time, valorization process, obsolescence of value

## I

La elección de Donald Trump, la votación del Brexit y la ola de populismos de derechas que se propaga por gran parte del continente europeo son expresiones de una profunda crisis de la legitimidad política de las democracias liberales, con un alcance y peligro potencial equiparable al del periodo de entreguerras en Europa.

Esta crisis política, una de cuyas expresiones es la infeliz oposición entre neoliberalismo global y nacionalismo autoritario, tiene sus raíces, muy posiblemente, en las transformaciones estructurales de amplio calado de las últimas décadas, que se han hecho manifiestas con el crash de 2008 y sus secuelas. Además de servir de detonante para el surgimiento de movimientos como *Occupy* y una ola de populismos —tanto a la derecha como a la izquierda— en una serie de países, la crisis y la Gran Recesión han dado nuevo ímpetu a los intentos por comprender los desarrollos históricos contemporáneos de una forma crítica, con un planteamiento abarcador. Relacionado con esto, el término «capitalismo» se ha reintroducido en las discusiones académicas generales y en los debates intelectuales, como una noción que ahora aparece más adecuada analíticamente que la de «modernidad», dominante en las décadas post-bélicas.

Sin embargo, la comprensión del «capitalismo» ha variado considerablemente. A partir de la relectura de las obras de madurez de Marx\*\*, propongo que la teoría

---

\*\* [Nota de los eds.]: El lector interesado podrá encontrar la referencia completa a los textos de los autores citados en este artículo en Postone, M. (2006) *Tiempo, trabajo y dominación social* (Madrid: Marcial Pons); y en Postone, M. (2007) *Marx Reloaded: repensar la teoría crítica del capitalismo* (Madrid: Traficantes de sueños).

crítica del capitalismo no aborde éste como una forma determinada de desigualdad o, de manera análoga, como un sistema de explotación fundado en la clase, una categoría que en años recientes se ha agrupado frecuentemente junto a las de género y raza como categorías de identidad y opresión. Con un enfoque más general, una adecuada teoría crítica del capitalismo debería ir más allá de la crítica de un modo dominante de distribución —en especial, de la propiedad privada de los medios de producción y el mercado—, como había sido el caso en el marxismo tradicional.

En su lugar, desde la ventaja que nos otorga la perspectiva presente, propongo que el capitalismo sea comprendido sobre todo como una forma históricamente específica de vida social, en cuyo núcleo se encuentra una forma abstracta de dominación única en la historia, que halla su expresión en una dinámica global histórica. Esta forma de vida emergió contingentemente en Europa occidental, transformándola radicalmente, antes de extenderse y englobar el mundo. Así pues, y contrariamente a algunas asunciones ampliamente difundidas, esta forma de vida no es intrínseca u ontológicamente occidental, aunque sí que ha rediseñado Occidente. Por lo tanto, no puede ser adecuadamente aprehendida a través de reificaciones de carácter culturalista. En su lugar, sugeriría, podría desarrollarse más rigurosamente una teoría que pudiera aprehender adecuadamente el carácter dinámico de esta forma de vida social a partir de la recuperación de las obras de madurez de Marx.

Por supuesto, para muchos, el colapso de la Unión Soviética y la transformación de China marcaron el final del socialismo y de la relevancia teórica de Marx. Una defunción también expresada, en otro nivel, por la emergencia de otras clases de enfoques teóricos, como el post-estructuralismo y la deconstrucción, que perseguían aportar críticas a la dominación evitando lo que ellos advertían como las trampas de los grandes programas de emancipación humana.

La crisis global actual, no obstante, ha revelado de forma dramática las limitaciones fundamentales de esas nuevas aproximaciones —incluidas las de pensadores tan dispares como Habermas, Foucault y Derrida—, a la hora de intentar aprehender el mundo contemporáneo. También ha puesto en evidencia la parcialidad de lo que se ha denominado el «giro cultural» en las humanidades y en las ciencias sociales. La existencia continuada de crisis económicas severas, como un rasgo de la modernidad capitalista; las transformaciones estructurales de las sociedades industriales (que recientemente han generado amplias reacciones populistas de derecha); la existencia de una «desindustrialización prematura» en otras partes del mundo (donde la vía estatista hacia la

acumulación de capital nacional ha dejado de aparecer como una opción factible); la creciente financiarización de la vida social, aparejada a la preponderancia de la pobreza masiva; la explotación estructural a escala global; el agudo crecimiento de la desigualdad; y —por encima de todo— la crisis dual de la degradación medioambiental y el vaciamiento de la sociedad trabajadora, invitan a cuestionar el triunfalismo tanto del neoliberalismo como de gran parte del post-marxismo. Da la impresión de que el ocaso de lo que se denominó «socialismo real» y el florecimiento de un pensamiento post-marxista no han anulado la necesidad de una teoría crítica del capitalismo.

Sin embargo, sería una equivocación pensar que uno puede retornar simplemente a Marx, precisamente una figura a la que tanto se ha malinterpretado durante buena parte del siglo XX. No obstante, la decadencia del marxismo tradicional y las cada vez más manifiestas inepticias del post-marxismo se asientan en desarrollos históricos que indican la necesidad no sólo de repensar a Marx, sino también de su reapropiación.

## II

Mi focalización en el carácter históricamente dinámico de la sociedad capitalista trata de responder al patrón de transformaciones globales generales del siglo pasado. Como es bien conocido, investigadores como Piketty, al centrarse en el estudio de la desigualdad, han establecido recientemente un patrón histórico global de evolución de la desigualdad a lo largo del siglo pasado: primero, un periodo de gran inequidad desde finales del siglo XIX hasta comienzos del XX; luego, un periodo, en torno a la mitad del siglo XX, en que la inequidad se redujo drásticamente; y, por último, a partir de finales de la década de los setenta, un proceso inverso, con un acusado resurgimiento de la desigualdad.

Este patrón revela la extrema desviación de la riqueza y el poder político en el mundo contemporáneo, y además pone en tela de juicio la idea de que los desarrollos históricos modernos se producen en términos lineales, como, por ejemplo, defiende la teoría de la modernización.

Significativamente, este patrón de cambios en la *desigualdad* es supranacional, y corre en paralelo a otros patrones generales. Por ejemplo, la tasa media de *crecimiento económico* en los países capitalistas avanzados fue relativamente baja durante la primera mitad de siglo, para luego más que doblarse en el meridiano del siglo XX, justo en un periodo de desigualdad en descenso. El proceso se invirtió desde comienzos de la década de los setenta: el crecimiento

económico declinó, al tiempo que la desigualdad crecía. Los cambios en los *índices del PIB per cápita* siguieron un patrón similar. Ofrecieron unas cifras relativamente bajas durante la primera mitad del siglo XX, crecieron en las décadas de post-guerra, y volvieron a caer a comienzos de la década de los setenta. De manera semejante, aunque los *salarios* experimentaron un crecimiento muy importante en las décadas de post-guerra, en Estados Unidos siguen estancados desde 1973. El nivel de vida de muchos estadounidenses ha descendido desde entonces —aunque esto solo se ha convertido en un asunto político muy delicado en la década pasada—. Sin embargo, en contra de la opinión común, la *industria manufacturera* (al menos en Estados Unidos) *no* ha decaído. La parte del PIB correspondiente a la manufacturación en los Estados Unidos hoy es semejante a la de 1965. Lo que *sí* ha bajado es el número de trabajos manufactureros.

Estos patrones —y otros muchos— parecen estar interrelacionados. Todos ellos pueden ser vistos con relación a un patrón aún mayor: la sustitución del capitalismo liberal del siglo XIX por un capitalismo fordista de base estatal, algo que se inició en los años de la Primera Guerra Mundial y la Revolución Rusa, y que alcanzó su apogeo en los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial, para entrar en declive en los primeros años setenta, hasta ser reemplazado, a su vez, por el capitalismo global neoliberal (que, por su parte, posiblemente termine socavado por la emergencia de grandes bloques económicos rivales).

Lo relevante sobre la trayectoria comentada es su carácter global. Algo que abarca a los países capitalistas occidentales y a los países comunistas, así como a territorios colonizados y países descolonizados. Aunque existen, por supuesto, importantes disparidades en la evolución histórica, desde la ventaja que da la perspectiva del siglo XXI, esas disimilitudes se presentan más bien como inflexiones diferentes de un mismo patrón común, más que como evoluciones fundamentalmente dispares. Esto no significa que el patrón sea homogéneo o modular. No obstante, cómo se comprendan esas desigualdades depende de cómo se entiendan, a su vez, los desarrollos históricos en la modernidad.

La existencia de tales evoluciones generales no puede explicarse de manera convincente desde lo local y lo contingente. Esos fenómenos dan indicios claros de unas restricciones estructurales generales, vinculadas a decisiones políticas, sociales y económicas, y también de fuerzas dinámicas no sometidas del todo al control político.

Estos patrones generales también dan a entender que el foco teórico puesto sobre la agencia y la contingencia en las últimas décadas resultó tan parcial como el

funcionalismo estructuralista al que reemplazaba. Si el segundo logró una amplia difusión durante la marea alta del capitalismo con base estatal, el primero ha hecho lo mismo durante la época neoliberal. Ningún enfoque, sin embargo, ha tematizado su propia relación con su contexto histórico. Esto da a entender que, a diferencia de esos enfoques, una teoría crítica debería ser capaz de cuestionar su propio emplazamiento histórico. O lo que es lo mismo: debería ser reflexiva.

Estos patrones generales señalan la importancia de una recuperación de la crítica de la economía política de Marx, ya que en el centro de esa crítica se encuentra el debate sobre las dinámicas históricas y el cambio estructural global. Sin embargo, como he mencionado antes, la historia del último siglo también sugiere que una teoría crítica pertinente debe distanciarse radicalmente de las críticas del marxismo tradicional al capitalismo —y por tal entiendo un marco interpretativo general en el que el capitalismo es analizado esencialmente en términos de relaciones de clase enraizadas en la propiedad privada y mediadas por el mercado, donde la dominación social se comprende esencialmente en términos de dominación y explotación de clase—.

Dentro de ese marco básico, ha habido un amplio abanico de enfoques que han generado importantes análisis sobre la economía, la política, la sociedad, la historia y la cultura. No obstante, las limitaciones del propio marco general se han hecho progresivamente más evidentes a la luz de los desarrollos históricos del siglo XX. Entre estos desarrollos hay que contar el carácter no-emancipador del «socialismo real»; la trayectoria histórica de su auge y su declive, paralela a la del capitalismo de estado intervencionista (lo que da a entender que se encuentran históricamente situados de manera análoga); la creciente importancia del conocimiento científico y de las tecnologías avanzadas para la producción (lo que *parecería* poner en duda la teoría del valor del trabajo); las críticas cada vez mayores al progreso tecnológico y al crecimiento (algo opuesto al productivismo de gran parte del marxismo tradicional); y la creciente importancia de las identidades sociales no fundadas en la clase. En su conjunto, todo ello indica que el marco tradicional ha dejado de servir como punto de partida para una teoría crítica adecuada.

Y, de hecho, yo apuntaría que un sentido de la inadecuación del marco del marxismo tradicional, ha venido ya conformado —al menos tácitamente—la política progresista crítica desde hace décadas. La noción del post-capitalismo, o del socialismo, como una sociedad fundada en el trabajo fabril, con la propiedad pública de los medios de producción y una planificación central, empezó a perder fuerza en el imaginario de muchos intelectuales, estudiantes y

trabajadores progresistas durante la crisis del capitalismo fordista a finales de los años sesenta y a comienzos de los setenta. Esta inadecuación en muchos casos solo se detectó, y no se teorizó explícitamente. Pero, en mi opinión, se expresó de forma implícita en críticas abiertas al trabajo y al crecimiento industrial; en el debilitamiento del apoyo a los partidos comunistas y socialdemócratas; en la creciente pérdida de orientación de esos partidos; así como en los intentos para localizar nuevos temas revolucionarios como, por ejemplo, los movimientos anti-coloniales.

Lo que se ha mostrado más elusivo ha sido un nuevo imaginario con una forma de vida social fundamentalmente diferente, socialista y post-capitalista, que no solo entrañara una revolución en las relaciones de distribución (incluidas las relaciones de propiedad) sino en las relaciones de producción mismas y, desde ahí, afectara a la naturaleza del trabajo social. La ausencia de un imaginario tal ha obstaculizado los movimientos progresistas.

No obstante, dejando de momento a un lado tales consideraciones, mi planteamiento es que los patrones históricos generales que han caracterizado el siglo pasado ponen en cuestión tanto el marxismo tradicional, con su afirmación del trabajo y la historia, como las interpretaciones post-estructuralistas de la historia como algo esencialmente contingente. Sin embargo, esta consideración no niega necesariamente la agudeza crítica de tales intentos de abordar contingentemente la historia —es decir, que la historia, entendida como el desvelamiento de una necesidad inmanente, delinea una forma de ausencia de libertad—.

Esta ausencia de libertad, como elaboraré después, es el punto central de la crítica de Marx de la economía política, que establece el carácter históricamente dinámico y los cambios estructurales del mundo moderno en función de imperativos y restricciones históricamente específicos a la sociedad capitalista. Lejos de observar la historia afirmativamente, Marx asienta esta dinámica direccional en las categorías de mercancía y capital, entendiéndose aquella, por tanto, como una forma de dominación o de heteronomía.

Dentro de este marco, la crítica de Marx no parte del *punto de vista* de la historia y el trabajo, como el marxismo tradicional. Por el contrario, la dinámica histórica del capitalismo y la aparente centralidad ontológica del trabajo se han convertido en los *objetos* de la crítica de Marx. En el mismo tenor, la teoría de madurez de Marx ya no ambiciona resultar una teoría sobre la historia y la vida social transhistóricamente válida, sino que se presenta a sí misma como autoconsciente de su especificidad histórica y llama a dudar de cualquier enfoque que se declare



universal y válido transhistóricamente. Estas dimensiones centrales del análisis de Marx convierten su teoría crítica, frente al marxismo tradicional o el post-estructuralismo, en una más adecuada a nuestro contexto histórico.

Debería resultar evidente que el impulso crítico del análisis de Marx, de acuerdo con esta lectura, es similar en algunos aspectos a los enfoques post-estructuralistas, en tanto que supone una crítica a la totalidad y la lógica dialéctica de la historia. Sin embargo, mientras Marx usa esos conceptos para expresar la realidad de la sociedad capitalista, el enfoque post-estructuralista niega su validez al insistir en la primacía ontológica de la contingencia. Desde el punto de vista de la crítica de Marx a la historia heterónoma, cualquier intento de recuperar la agencia histórica mediante la insistencia en la contingencia, de una forma que niega u oculta la forma dinámica de dominación característica del capital resultaría, irónicamente, profundamente debilitadora.

### III

Estas discusiones se basan en una lectura que se replantea las categorías fundamentales de la crítica de madurez de Marx en lo referente a la dinámica heterónoma que caracteriza al capitalismo. Dentro del marco tradicional, las categorías de Marx —como valor, mercancía, plusvalía y capital— se han asumido como categorías económicas que afirman el trabajo como la fuente de toda la riqueza social y que prueban la centralidad de la explotación del capitalismo fundada en la clase. El trabajo aquí, entendido transhistóricamente, proporciona el *punto de partida* de la crítica del capitalismo.

Dentro de ese marco, el núcleo fundamental de la dominación en el capitalismo es la propiedad privada: la explotación del trabajo por la clase capitalista. La centralidad del trabajo para la vida social resulta oscurecida por el mercado. Esto es, en el capitalismo, el significado social medular del trabajo está omitido y velado por el mercado y la propiedad privada; impidiendo que el trabajo llegue a su plena realización. La emancipación, por tanto, se logra en una sociedad en la que el trabajo transhistórico ha emergido abiertamente como el principio regulador de la sociedad. Esta noción, por supuesto, está vinculada a aquella del socialismo como la «autorrealización» del proletariado.

Una lectura atenta de la crítica de madurez de la economía política de Marx, no obstante, pone en cuestión las presuposiciones transhistóricas de la interpretación tradicional. Marx establece explícitamente en los *Grundrisse* que sus categorías fundamentales no son transhistóricas, sino específicas desde un

punto de vista histórico. Incluso categorías como dinero y trabajo, que *aparecen* como transhistóricas debido a su carácter abstracto y general, son válidas en su generalidad abstracta solo para la sociedad capitalista, de acuerdo con Marx.

Esto pone en cuestión muchas interpretaciones de las categorías de Marx. Me referiré brevemente al Volumen I de *El Capital* para esbozar una interpretación no tradicional de esas categorías. Esa obra empieza con la categoría de mercancía, que no se refiere a los bienes tangibles, tal como podrían existir en muchos tipos diferentes de sociedades. En lugar de eso, Marx toma el término y lo utiliza para referirse a la relación social más básica de la sociedad capitalista, su forma fundamental de mediación social y su principio estructural. Esta forma, de acuerdo con Marx, se caracteriza por su carácter dual históricamente específico (valor de uso y valor). Partiendo de ese carácter dual de su forma básica estructural, de las interacciones de sus dimensiones constitutivas, persigue entonces desplegar la naturaleza de, y la dinámica subyacente a, la modernidad capitalista. Y, en el centro de este análisis, se halla la idea de que el trabajo en el capitalismo ocupa una función de mediación social única, que no es intrínseca a la actividad laboral entendida transhistóricamente.

En una sociedad en la que la mercancía es la categoría estructural básica para el conjunto, el trabajo y sus productos no se distribuyen socialmente mediante normas tradicionales o relaciones de poder y dominación manifiestas, como es el caso en otras sociedades. En cambio, el trabajo en sí mismo constituye una nueva forma de interdependencia en la que la gente no consume lo que produce; en lugar de eso, su propio trabajo o los productos de su trabajo funcionan como un medio cuasi-objetivo de obtener los productos de otros. Funcionando como una mediación tal, el trabajo y sus productos se atribuyen la función de las relaciones sociales manifiestas y arbitran una nueva forma de interrelación social.

En las obras de madurez de Marx, por tanto, la noción de la centralidad única del trabajo para la vida social no se corresponde con ninguna proposición transhistórica. En su lugar, se refiere a la constitución, históricamente específica, por el trabajo, en el capitalismo, de una forma de mediación social que caracteriza esencialmente a esa sociedad. Al desvelar esa mediación, Marx intenta asentar socialmente y dilucidar tanto los rasgos básicos de la modernidad capitalista como su dinámica histórica general.

Así pues, el trabajo en el capitalismo es tanto trabajo tal como lo entendemos común y transhistóricamente y una actividad de mediación social históricamente específica, de acuerdo con Marx. Por consiguiente, lo que el trabajo produce, sus objetivaciones —y aquí me estoy refiriendo a las mercancías y al capital—, son

productos concretos del trabajo y formas objetivadas de mediación social. De acuerdo con este análisis, por lo tanto, las relaciones sociales que caracterizan en sus fundamentos a la sociedad capitalista son muy diferentes de otras relaciones sociales cualitativamente específicas, heterogéneas y abiertamente manifiestas — como las de parentesco, las personales o las de dominación directa— que caracterizan a las sociedades no capitalistas. Al estar constituidas por el trabajo, esas relaciones tienen un carácter peculiar, cuasi-objetivo, y son duales —se caracterizan por la oposición de una dimensión abstracta, general y homogénea, frente a otra concreta, particular y material, apareciendo ambas como «naturales», más que como sociales, y como condicionantes de concepciones de lo social a la vez que de la realidad natural—.

La forma de la riqueza asociada a tales relaciones, de acuerdo con Marx, es el valor (también históricamente específico). Una mayoría de explicaciones todavía abordan la categoría de valor de Marx como si fuera idéntica a las nociones de Smith o Ricardo, es decir, como una categoría transhistórica de la constitución de riqueza en todo tiempo y lugar. Marx intencionadamente habría afinado y radicalizado la economía política y, al emplear esas categorías, demostraría la existencia de la explotación. Esta explicación tan común, sin embargo, se apoya en un malentendido fundamental. Marx no se limitó a afinar o a radicalizar la economía política. En puridad, no redactó una economía política *alternativa*, sino *una crítica de* la economía política. Es decir, transformó el objeto y la naturaleza del análisis. En su nivel más esencial, dejó de poner el foco en primera instancia en el intercambio, ni siquiera en el intercambio desigual y en la explotación. En lugar de eso, con sus categorías, Marx buscaba revelar y analizar las formas de mediación que estructuran la sociedad capitalista como una forma históricamente específica de vida social, caracterizada por la oposición y la interacción de sus dimensiones abstracta y concreta. Oposición e interacción subyacentes tras su forma de producción y su carácter direccionalmente dinámico.

En el centro de este análisis hay una distinción que Marx traza explícitamente entre el valor —como una forma de riqueza estructural e históricamente específica, además de una mediación social, en el capitalismo—, y lo que denomina riqueza material, que se mide por la cantidad de lo producido y está en función del conocimiento, la organización social, y las condiciones naturales, además del trabajo. La riqueza material queda mediada por relaciones sociales extrínsecas a ella. El valor, según Marx, es una forma auto-mediada de riqueza y, esencialmente, temporal. Está constituido únicamente por el gasto de tiempo de trabajo socialmente necesario.

Dentro del marco del análisis de Marx, la dualidad de la forma de la mercancía como valor y valor de uso subyace tras la dualidad de la forma del capital como proceso de valorización y proceso de trabajo. Esta dualidad genera una interacción dialéctica que da pie a una compleja dinámica temporal que impulsa el valor y al final lo vuelve crecientemente anacrónico. Declarar, como hace Marx, que el valor es históricamente específico del capitalismo equivale a decir que las sociedades no capitalistas no estaban estructuradas mediante el valor y, además, que una sociedad post-capitalista podría no estar fundada en el valor. Esto, a su vez, esto supone mostrar que la tendencia secular del desarrollo del capital es volver el valor crecientemente anacrónico.

Voy a elaborar brevemente esto, considerando la determinación de Marx de la magnitud del valor en términos de tiempo de trabajo socialmente necesario. Este término no es simplemente descriptivo, sino que esboza una norma de cumplimiento general en la sociedad. La producción *debe* conformarse a esta norma temporal para realizar el valor pleno de sus productos. En el proceso, la franja temporal (por ejemplo, una hora) se constituye como una variable independiente. La cantidad de valor producido por una unidad de tiempo está únicamente en función de dicha unidad de tiempo; opera con independencia de las variaciones individuales o del grado de productividad. Y —como una peculiaridad del valor como forma temporal de riqueza—, aunque una mayor productividad aumenta la cantidad de valores de uso producidos por unidad de tiempo, eso solo redundará en un aumento a corto plazo en la magnitud del valor creado por unidad de tiempo. Una vez los incrementos en la productividad se vuelven generales, la magnitud del valor creado por unidad de tiempo cae a su nivel básico. Como resultado de esto, nos queda una especie de efecto ‘rueda de molino’. Los niveles más altos de productividad redundan en grandes aumentos en la riqueza material, pero no en aumentos proporcionales a largo plazo en el valor creado por unidad de tiempo. Esto, a cambio, conduce a todavía más incrementos en la productividad.

Esta dinámica de rueda de molino expresa y constituye una nueva forma de dominación social. La norma del tiempo de trabajo socialmente necesario es la primera determinación, en *El Capital*, de la forma históricamente específica y abstracta de la dominación social intrínseca al capitalismo: es *la dominación de la gente por el tiempo*, por una forma de temporalidad específica en la historia —el tiempo abstracto de Newton— que se constituye históricamente junto a la figura de mercancía.

Sin embargo, sería sesgado considerar la temporalidad en el capitalismo sólo en términos de tiempo newtoniano, que es un tiempo vacío y homogéneo (como lo habría expresado Benjamin). Una vez el capitalismo llega a su culminación, sus formas temporales generan incrementos continuos en la productividad. Estos incrementos, como hemos visto, no cambian la cantidad de valor producido por unidad tiempo. Sin embargo, sí que cambian la determinación de lo que se cuenta como una unidad de tiempo dada. La unidad de tiempo (abstracto) permanece constante; la misma unidad de tiempo genera la misma cantidad de valor. Pero los cambios en la productividad redeterminan esa unidad; se puede afirmar que la propulsan hacia delante. Este movimiento lo es *del* tiempo. Por consiguiente, no puede aprehenderse en el marco del tiempo newtoniano, sino que requiere un marco superior de referencia dentro del cual se mueve el marco de tiempo newtoniano. Este movimiento temporal puede ser denominado *tiempo histórico*. La redeterminación de la unidad tiempo abstracto y constante reestablece la compulsión asociada a esa unidad. De este modo, el movimiento temporal adquiere una dimensión necesaria. El tiempo histórico *no* representa aquí, por lo tanto, la negación del tiempo abstracto (como ocurre en Lukács). En lugar de eso, el tiempo abstracto y el tiempo histórico están interrelacionados dialécticamente. Hay que señalar que, dentro de ese marco, ninguna forma de temporalidad resulta un constructo puramente cultural; en cambio, ambos son momentos de un proceso constituido históricamente. Ambos, dentro del marco del análisis de Marx, emergen históricamente con el desarrollo de las formas sociales de capitalismo —y de ahí que se constituyan como estructuras de dominación—.

Más que considerar la temporalidad como un marco previo e inalterable, dentro del cual se mueven todas las formas de vida social, una teoría como esta comprende el capitalismo como una organización muy peculiar de vida social que establece su propia temporalidad específica; se estructura mediante formas históricamente únicas de mediación social que son intrínsecamente temporales. Estas formas subyacen a una dinámica histórica peculiar que es tanto históricamente específica como global. Las temporalidades del capitalismo, por tanto, no son extrínsecas a él, sino intrínsecas a sus formas sociales vertebradoras.

Esta forma, históricamente nueva, de dominación social somete a la gente a unos imperativos estructurales impersonales y progresivamente racionalizados, y a unas restricciones que no pueden comprenderse solo en términos de dominación de clase, o más genéricamente, en términos de la dominación concreta de los grupos sociales o de unas agencias institucionales del estado y/o la economía. No

posee una localización determinada y, aunque, se constituye mediante determinados tipos de práctica social, no se presenta, en absoluto, como social. Lo que estoy sugiriendo es que el análisis de Marx de la dominación abstracta supone un análisis más riguroso y determinado que lo que Foucault intentó esclarecer con su noción de poder en el mundo moderno. Por otra parte, la forma de dominación que Marx analiza no es únicamente celular y espacial, como en Foucault, sino también procedimental y temporal —genera una dinámica histórica—. Más que presuponer la historia, Marx persigue emplazar una dinámica permanente de la historia como una característica históricamente única del capitalismo. Es decir, historiza la Historia.

En el centro de este análisis se halla esa peculiar dinámica de rueda de molino que he esbozado, subyacente a una dinámica histórica muy compleja y no lineal, que se encuentra en el núcleo de la modernidad capitalista. Por una parte, se caracteriza por unas transformaciones constantes, siempre en aceleración, de más esferas de la vida —producción, tecnología, pautas habitacionales, transporte, comunicación, educación, y formas de relación interpersonal—. Al mismo tiempo, sin embargo, reconstituye estructuralmente su propia base: el valor permanece como la forma esencial de riqueza y, por ende, el trabajo que crea valor se mantiene en el centro del sistema independientemente del grado de productividad. La dinámica histórica del capitalismo genera incesantemente lo que es «nuevo», mientras que regenera lo que es «igual». Como elaboraré más tarde, genera la posibilidad de otra organización de trabajo y de vida social y, sin embargo, al mismo tiempo, resulta un obstáculo para que tal posibilidad se materialice.

La dinámica generada por la dialéctica del tiempo abstracto y el tiempo histórico está en el centro de la categoría de capital que, para Marx, *no* se refiere a los medios de producción que son poseídos privadamente. En lugar de eso, se trata de una categoría del movimiento: lo que Marx denomina un «valor que se autovaloriza»; valor en movimiento. No tiene una encarnación material fija, sino que se despliega como la dialéctica de la transformación y la reconstitución brevemente perfilada antes.

Dentro de este marco, las «relaciones esenciales» del capitalismo son las formas de mediación social expresadas por categorías tales como mercancía, valor, capital y plusvalía. Estas no son las categorías de riqueza, objetos de la lucha entre las clases sociales —en donde éstas últimas se comprenderían como las relaciones sociales básicas del capitalismo—. En lugar de eso, *son* las relaciones sociales esenciales del capitalismo: temporalmente dinámicas, formas

contradictorias de mediación social subyacentes a una dinámica histórica compleja.

Uno debería tomar en serio la descripción que realiza Marx en *El Capital* de la categoría de capital como la sustancia automotriz que es sujeto. Al describirlo con el mismo lenguaje que Hegel empleaba en la *Fenomenología* con referencia al Geist, Marx sugiere que la noción de Hegel de la historia como algo poseedor de una lógica, como un despliegue dialéctico, es de hecho válida —si bien únicamente para la modernidad capitalista—. Lo que Hegel calificaba como el Sujeto de la historia, Marx lo identifica como el capital, una estructura dinámica de dominación abstracta que, aunque constituida por humanos, se vuelve independiente de las voluntades de aquellos y resulta generadora de una dinámica histórica.

Como nota al margen debería señalarse que esto implica que la crítica de madurez de Marx de Hegel no entraña una inversión antropológica de la dialéctica idealista del segundo. Más bien, Marx argumenta implícitamente que el «núcleo racional» de la dialéctica de Hegel es precisamente su carácter idealista. Eso expresa una forma de dominación constituida por relaciones que adquieren una existencia cuasi-independiente frente a los individuos, ejerciendo una forma abstracta de compulsión sobre ellos y que, debido a su carácter dual, posee un carácter dialéctico.

Dentro de este marco, la Historia —como la presenta Hegel— resulta específica desde un punto de vista histórico. No se trata de un rasgo universal de la vida social humana, sino que resulta constituida como tal por unos tipos históricamente específicos de prácticas que, a su vez, moldea y constriñe. Esto implica que la historia humana en su conjunto no puede ser caracterizada transhistóricamente, ni en términos de una lógica general, como en Hegel, ni tampoco como algo contingente transhistóricamente, como en Nietzsche. En lugar de eso, esa dinámica inmanentemente direccional resulta ser uno de los rasgos que caracterizan al capitalismo. Debe anotarse aquí que el Sujeto histórico, la totalidad y el trabajo que lo constituyen, han devenido los *objetos* de crítica en la teoría de madurez de Marx, y no el *punto de partida* de la misma.

La comprensión de la compleja dinámica del capitalismo que he delineado podría ayudar a arrojar luz sobre la crisis dual actual: la de la degradación medioambiental y el fin de la sociedad trabajadora. Las categorías de Marx de plusvalía y capital permiten un análisis social (y no tanto tecnológico) crítico de la trayectoria del crecimiento en la sociedad moderna. La dimensión temporal de valor, especialmente en la forma que Marx denomina plusvalía relativa, subyace

bajo un determinado patrón de «crecimiento», conducido por las presiones de unos incrementos permanentes, y siempre en aceleración, de productividad. Esto genera aumentos en la riqueza material que superan en mucho a los de la plusvalía (que, en el análisis de Marx, se mantiene como la forma relevante de excedente en el capitalismo) y, por tanto, una demanda creciente de materias primas y energía, lo que contribuye de forma esencial a la destrucción progresiva del entorno natural. Por consiguiente, dentro de este marco, el problema con el crecimiento económico en el capitalismo no es solo que esté orientado a las crisis. Más bien, es la *forma* del crecimiento en sí misma la que resulta problemática. Esto sugiere que la trayectoria del crecimiento podría ser diferente si la meta última de la producción fuera el incremento del número de artículos, más que el de generación de plusvalía.

De acuerdo con este enfoque teórico, la raíz de este problema es que el valor es una forma temporal de riqueza. A resultas de eso, el proceso de valorización transforma la producción en un proceso peculiar, por el cual —bajo la superficie de la producción material— la materia se transforma en unidades de tiempo abstracto. Debido a que se trata de una forma temporal de riqueza, el capital se afana hacia lo ilimitado, ignorando, de hecho, el necesario límite material de su entorno natural, el planeta.

Este enfoque también aporta la base para un análisis social de la estructura del trabajo social y de la producción en el capitalismo, en relación con su contradicción básica. Dentro del marco del análisis de Marx, el impulso para conseguir constantes incrementos en la productividad lleva a conceder a la ciencia y a la tecnología una importancia creciente en la producción. Esto es, la dinámica del capital es históricamente generativa de una rápida acumulación de conocimiento general en la sociedad. La tendencia a largo plazo de este desarrollo histórico es convertir la producción basada en el tiempo de trabajo —esto es, en el valor y, por ende, en el trabajo proletario— en crecientemente anacrónica. Por un lado, esto abre la posibilidad de reducciones generales del tiempo de trabajo a gran escala en la sociedad y, por el otro, de cambios fundamentales en la naturaleza y la organización social del trabajo, algo que indica que, para Marx, la abolición del capitalismo *no* entrañaría la *autorrealización* del proletariado, sino su *auto-abolición*.

Y, sin embargo, por otro lado, debido a que la dialéctica de la transformación y la reconstitución no solo promueve la productividad, sino que reconstituye el valor, reconstituye por tanto la necesidad del trabajo generador de valor, esto es, del trabajo proletario.



Así, la dinámica histórica del capitalismo apunta progresivamente más allá de la necesidad del trabajo proletario a la vez que reconstituye esa misma necesidad. Genera la posibilidad de otra organización de vida social y, simultáneamente, obstaculiza su realización.

Esta tensión desvía la forma en la que la posibilidad histórica emerge. A resultas de eso, de la reconstitución constante de las formas fundamentales del capital, en último término la posibilidad de la abolición del trabajo proletario emerge históricamente en una forma invertida, en la forma de aumentos del trabajo superfluo; en la superfluidad de una porción creciente de poblaciones trabajadoras; y en el crecimiento del infraempleo, de los permanentemente desempleados y del precariado. La posibilidad de la abolición del trabajo proletario y, de ahí, de la posible emergencia *emancipadora* de una sociedad en la que el excedente de producción no esté ya basado en el trabajo de una clase subalterna resulta, simultáneamente, la emergencia de un desarrollo *catastrófico* en el que la creciente superfluidad del trabajo se expresa como la superfluidad creciente de la gente, con los riesgos de tensión política que eso entraña.

Así, el enfoque que he delineado propone considerar la configuración actual del capital como una en la que el trabajo que crea valor deviene progresivamente anacrónico sin que, no obstante, deje de ser estructuralmente necesario para el capital. Esto también podría arrojar luz sobre la centralidad actual de la financiarización. Uno podría, tal vez, sugerir que algunas dimensiones de la financiarización también apuntan más allá del capitalismo (por paradójico que pueda sonar) —por ejemplo, merced al desarrollo de modos auténticamente globales para coordinar producción y distribución, o para crear el sistema nervioso y sus terminaciones, tal cual, de lo que podría ser un nexo de coordinación global supranacional más que internacional.

Sin embargo, la mayoría de aspectos de la financiarización neoliberal no apuntan más allá del capitalismo, sino que, por el contrario, pueden percibirse como formas que buscan mantener el capital incluso cuando éste se ha topado con sus supuestos límites.

Me gustaría sugerir en este punto —y esto no es más que una sugerencia— que sería posible considerar el final, conducido por las crisis, del increíblemente productivo periodo del capitalismo keynesiana-fordista de post-guerra como la expresión de una crisis secular de la valorización. Al responder a este desarrollo, el capital no busca solo revertir las ganancias previas del trabajo bajo el fordismo mediante el debilitamiento de los sindicatos, desplazando la producción a zonas con salarios más bajos, y sustituyendo la mano de obra por tecnología, sino

también desarrollar nuevas formas de generar riqueza. Uno puede observar la expansión de la economía de la deuda como un intento de desarrollar nuevas fuentes de ingresos. Esto no es algo necesariamente nuevo. El análisis de Marx de la tendencia del valor hacia su anacronismo, sin embargo, podría arrojar una luz diferente sobre la configuración actual del capital financiero. Dentro de ese marco, la financiarización no sería exactamente como la del pasado, porque ahora la expansión de la economía de la deuda se estaría produciendo en el escenario de una producción de plusvalía estancada.

La deuda, hablando de forma muy general, entraña un pagaré explícito o tácito. Presupone implícitamente que, en algún punto en el futuro, habrá suficiente riqueza para saldar la deuda. Por el contrario, en la economía actual, con un escenario de producción de plusvalía estancada, podría entenderse que el capital financiero está intentando constituir su propia área de producción de riqueza. La amplia variedad de pagarés e instrumentos «meta-promisorios» que se han desarrollado apuntan a un horizonte así en el futuro. Ese horizonte, dentro del marco de la teoría del valor, sin embargo, se desvanece con una producción de plusvalía que se estanca y, en ese caso, no existe la suficiente producción de riqueza en la forma subyacente de valor para, al final, saldar esas deudas.

Una consecuencia de esto son los intentos cada vez más frenéticos para transformar en fuentes de riqueza futura cualquier cosa susceptible de serlo. Formas de deuda más bien simples y directas, por ejemplo, las hipotecas, se han «financiarizado», esto es: se negocia con ellas como si se tratara de las materias primas de una riqueza a la que supuestamente se podrá llegar en el futuro. Cada vez más dimensiones de la vida —de las hipotecas a las infraestructuras— han sido transformadas en los contenidos de nuevas formas de pretendida riqueza.

Dentro de este marco interpretativo, pues, la crisis de la producción de valor se enmascara financieramente al transformar cada vez más dimensiones de la vida en «materias primas» de precios y beneficios, formas de una pretendida riqueza que, supuestamente, garantizarán unos instrumentos, denominados financieros, cada vez más complejos: como si tal «riqueza» fuera independiente del valor en el capitalismo. Lo que David Harvey llama «acumulación por desposesión» es una manifestación de este desarrollo. Sin embargo, en mi opinión, no supone una acumulación de *valor* sino de modos de extracción de una pretendida *riqueza* para compensar la *ausencia* de tal acumulación. Se puede entender como un esfuerzo no deliberado de abolición del valor dentro de un marco que sigue estando estructurado por él. A medida que la acumulación de valor se ralentiza, la búsqueda de riqueza se vuelve perversamente reflexiva, como en una

enfermedad autoinmune, y comienza a alimentarse de la sustancia de la sociedad y la naturaleza.

#### IV

Lo que he delineado es una crisis sistémica fundamental que sucede mientras las formas sociales subyacentes del capitalismo se convierten en anacrónicas, sin dejar de resultar necesarias. Esto da lugar a enormes presiones hacia los recortes con consecuencias potencialmente desastrosas. También sugiere que categorías como la de clase (o la de género o raza) no son históricamente estables, sino que están en proceso, constituidas y reconstituidas por el flujo dinámico del capital.

En un aparte, debería señalarse que, dentro de este marco, la idea de otra forma de vida social posible, más allá del capitalismo, resulta inmanente a la misma modernidad capitalista. No deriva de un contacto cultural o del estudio etnográfico de las formas de vida social fundamentalmente diferentes; tampoco se basa en la experiencia de un orden social previo, con su propia economía moral, que estuviera siendo destruida por el capitalismo —a pesar de que, ciertamente, dichas experiencias hayan suscitado oposición—. La oposición al capitalismo, sin embargo, no apunta necesariamente más allá de él. Puede — como ha ocurrido a menudo— ser asimilada por el capital mismo o arrumbada por su inadecuación con las exigencias de un contexto histórico mayor. El análisis de Marx se dirige menos hacia la emergencia de «*resistencias*» (que resultan política e históricamente indeterminadas) que hacia la posibilidad de una *transformación*. Busca delinear la aparición de una forma de vida que, como resultado de la dinámica del capitalismo, se constituye como una posibilidad histórica y, sin embargo, se encuentra constreñida por esa misma dinámica para ser llevada a efecto. La fisura entre lo que es y lo que podría ser deja una rendija para el futuro que, progresivamente, se ha vuelto históricamente real. Esta fisura o brecha constituye la base para una crítica histórica de lo que es. Revela el carácter específico en la historia de las formas sociales fundamentales del capitalismo, y no solo con referencia al pasado, o a otra sociedad, sino también con referencia a un futuro posible.

Es el capital, en sí mismo, en tanto capacidades humanas objetivadas, el que genera la posibilidad de una sociedad futura. Pero efectúa esto de una manera que es, al mismo tiempo, crecientemente destructiva del medioambiente y de la población trabajadora.

Uno de los resultados de esta crisis dual —en ausencia de críticas no tradicionales del capital que traten esas crisis como interrelacionadas— ha consistido en una bifurcación. La mayoría de los discursos sobre el cambio climático tienden a ignorar la crisis de trabajo. Esto ha abierto las puertas para varios movimientos populistas de derecha que niegan tanto lo primero como lo segundo. Estos movimientos populistas explican la crisis de trabajo en términos concretos (con referencia a las minorías, los inmigrantes, las mujeres y los países extranjeros), y no mediante restricciones e imperativos abstractos que propulsan la dinámica del capital, al entender lo que es esencialmente temporal en términos espaciales, como la «globalización» (de la que los bancos o los judíos son responsables). Como movimientos esencialmente defensivos, oponen a esos pretendidos problemas una visión romántica ya no anhelante de la Edad Media, sino de las naciones-estado, imaginadas como delimitadas y homogéneas, y que funcionan según una economía nacional. (Por desgracia, demasiados movimientos obreros y progresistas tradicionales han respondido a la defensiva, generando una réplica nacionalista de izquierda, en lugar de repensar y rearmar la idea de un internacionalismo progresista como respuesta al internacionalismo neoliberal.)

Así, los movimientos populistas de derecha se han hecho con un marco general para explicar este mundo asolado por las crisis, por muy inadmisibles, obtuso y peligroso que ése resulte. La generación anterior de críticos y movimientos de la izquierda progresista también poseían un marco general, el del socialismo internacionalista, una organización más racional de la sociedad. Ese marco tan general ha estado ausente en las cinco décadas pasadas.

Dentro del marco de la aproximación perfilada aquí, el creciente carácter anacrónico del valor en ausencia de un imaginario más amplio de un futuro más allá del valor —esto es, de un futuro post-proletario— está teniendo unas consecuencias terriblemente destructivas en lo económico, en lo social, en lo político y en lo medioambiental. Es el mismo capital, en su desarrollo, el que nos está poniendo ante la cruda disyuntiva de tener que elegir entre socialismo o barbarie.

**Moishe Postone (1942-2018)**, filósofo, historiador y economista canadiense, fue Profesor del departamento de Historia y de estudios judíos de la Universidad de Chicago y uno de los más destacados teóricos de la crítica del valor. En español se han publicado sus libros *Marx Reloaded: repensar la teoría crítica del capitalismo* (2007) y *Tiempo, trabajo y dominación social* (2006).